

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 152

Sevilla—Viernes 5 de Julio de 1901

AÑO XXV

Los cargos vitalicios

Algunos suponen que es un progreso eso de los cargos vitalicios ya en los puestos parlamentarios, ya en la administración de justicia, ya en la administración general del Estado, con cuya opinión no podemos estar conformes, porque significa un gran retroceso, y al propio tiempo fomenta la indisciplina y cierra herméticamente las puertas á actividades é inteligencias que tienen que esperar vez, ó fiar sólo en la vacante de sangre, para llegar á donde sus méritos, sus condiciones, las conveniencias mismas de la política y de la administración les llevarían.

La democracia histórica, no la llamaremos clásica, como cierto médico llamó á la medicina del siglo XVI (?), acentuó en el período revolucionario la nota de la inmovilidad fundada en la pureza del principio y en la eficacia de los procedimientos de la institución de la libertad, y con ella dió pie, y aun mano, á los restauradores de la monarquía, para que, apropiándose de la doctrina, la mixtificaran y la utilizaran en su provecho.

Así como desde la restauración hasta hoy no ha habido más que cinco ó seis presidentes del Consejo de ministros, y un número también muy limitado de presidentes de los cuerpos colegisladores, y por vacante de muerte los actuales, así en la justicia se eternizan las magistraturas, sobre todo en el Tribunal Supremo, sin que nadie se ocupe de pedir cuentas á esos varones respetables que se dan muy cómoda existencia y que disfrutan todas las consideraciones humanas, sin riesgos, compromisos ni responsabilidades, constituyendo esas prebendas algo así como una inviolabilidad que les hace intangibles é invulnerables.

Aquí se atreve ya todo el mundo con el ejército, con la marina, con el clero, con todas las instituciones divinas y humanas, menos con la magistratura, que es donde hay que pegar más y más fuerte.

Estos vitalicios no tienen nada que amargue su existencia como los políticos. Disfrutan sus pingües emolumentos con el necesario reposo, y con muy poco trabajo, y pasan la vida como verdadero patriarcado.

Pero nos separamos de nuestro objeto y volvemos á él, advirtiendo á nuestros lectores que en lo sucesivo nos ocuparemos de la magistratura para retratarla de cuerpo entero, que bien lo merece la institución en cuyas manos están la honra, la vida y los intereses de todos los ciudadanos.

Nuestros partidos políticos, en su afán de aparecer unidos y compactos, han ido vinculando cargos, sosteniendo en sus puestos á los que, con razón ó sin ella, consiguieron llegar, y como su componente principal no son los principios ni las ideas, resulta que, al menor disgusto de algún vitalicio, el partido sufre una tremenda sacudida, y la disidencia asoma amenazadora y pretendiendo destruir la Iglesia.

El caso ocurrido con el prócer Vega de Armijo es la mejor de las demostraciones.

El Marqués, que ha cumplido ya setenta y siete años, ascendió á presidente del Congreso en la vacante de sangre producida por la muerte de Alonso Martínez, y por un motivo pequeño, por un dictamen contrario á la proclamación como diputado de un su deudo, amenaza con toda su indignación al Gobierno, y éste tiembla ante el conflicto que le crea la dimisión del Marqués, y le suplica sumiso, y viene el concierto y el arreglo, deponiendo su autoridad el Gobierno y brindando al furioso Marqués toda clase de explicaciones y desagravios.

Esto no está aconsejado por conveniencias políticas ni por altas razones de gobierno, no; esto lo aconseja el régimen del partido, para evitarse las interiores luchas de buscar sustituto al ofendido ó al agraviado, porque la sustitución representa el descontento de los que se consideran prescindibles, y tras del descontento, acaso una crisis en el Gobierno, y aun la caída misma del partido imperante.

Si los partidos estuvieran formados por ideas, y como sucede en Francia, cada hombre, cada personaje que representara una tendencia ó una reforma, fuera á realizarla, entonces ni surgirían estas crisis, ni nadie se consideraría ya insustituible para el cargo que una vez desempeñara.

Aquí, donde, si mandan los liberales, ha de ser siempre Sagasta, y si los conservadores, antes Cánovas y hoy Silvela, estamos siempre en este círculo vicioso, origen de todas nuestras desdichas y causa de los graves males que venimos padeciendo, nada se movilizaba, nada se refresca, y seguimos con la misma monotonía de los ineptos y desacreditados; por eso, por haber incurrido en el grave error de hacer estables y vitalicios en todo, conservando esta monarquía anacrónica, tradicional y reaccionaria.

Hay que aligerar los cargos y buscar sustitutos

para todos los puestos del Estado, desde el más modesto hasta el más alto, para que puedan pasar todos los hombres que tengan condiciones y verdaderas iniciativas.

Lo vitalicio está mandado retirar por malo. A la inamovilidad debe sustituir la amovilidad, con las responsabilidades efectivas.

Al poder permanente, la institución amovible. A la monarquía, la República.

A. A.



CUENTOS

Y TROZOS LITERARIOS
POR
J. Rodríguez La Orden
(CARRASQUILLA)

Acaba de ponerse á la venta en la librería de D. TOMAS SANZ, calle de las Sierpes, y en la Redacción de EL BALUARTE, á 2 pesetas ejemplar.

Los suscriptores de fuera que deseen obtenerlo pueden dirigirse directamente á la Administración de este periódico, que lo remitirá franco de porte.



Murmuraciones

Desde que los valencianos, por broma, le mandaron á D. Francisco Silvela un telegrama, diciéndole en él que no sería capaz de decir ante ninguno de ellos lo que había dicho en el Congreso de los Diputados, el jefe de la pandilla conservadora no come ni duerme ni vive, zurrucado de pavor.

Pidió auxilio al Sr. Ministro de la Gobernación, y éste ordenó á la policía y á la guardia civil que ejerciera una escrupulosa vigilancia en la calle Lista de la Corte, en la que tiene su domicilio el Sr. Silvela.

Por espacio de tres ó cuatro días la casa de dicho señor ha estado convertida en cuartel, vigilada por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

¡Oh tiranillo de hoja de lata!
Vas á morir de un susto como los hombres cobardes.

En Segovia, en un convento que se llama San Vicente, cayó un rayo, y las monjas se asustaron de repente.

Sin encomendarse á Dios salieron todas corriendo, y un testigo que las viera oyó que una iba diciendo:

—Algo malo habremos hecho; nuestro Esposo se ha enfadado, y en un rapto de locura nos echa abajo el tejado.

¡Vaya un amor que nos tiene según las pruebas que dal!
¿De qué sirve que recemos si tan enfadado está?

Sabrán ustedes cómo, por una burla, ó por una bula del Papa Pío V, estamos excomulgados todos los españoles que asistimos á las corridas de toros.

En realidad de verdad, de ese pecado yo estaba inocente, porque ignoraba que existiera esa prohibición papal.

Yo siempre creí que estábamos excomulgados por gastar en fiesta tan estúpida el dinerito que necesitamos para cosas de más provecho, pero jamás creí que los padres de la Iglesia se hubieran meido en estos berengenas con cornamentas.

A haberlo sabido, ¡cuánto dinero me hubiera ahorrado!

El documento en cuestión, enterrado hasta hoy por el interés natural de los empresarios de no hacerlo público para no perjudicar las entradas, ha sido desenterrado por un enemigo de D. Bartolo, al enterarse que éste va á quedarse con la plaza de toros de Sevilla.

Dice el documento, ó burla, ó bula, en cuestión:

«Considerando que los espectáculos en que los toros ó las fieras son excitadas en el circo, ó en la plaza pública, son actos contrarios á la piedad y caridad cristianas, y queriendo abolir estos espectáculos sangrientos y vergonzosos, más propios del diablo que del hombre, contribuyendo así en cuanto de Nos depende, y con

ayuda de Dios, á la salvación de las almas, prohibimos y vedamos por la presente Constitución que declaramos valde y á perpetuidad BAJO PENA DE EXCOMUNIÓN Y ANATEMA, IPSO FACTO á todos y á cada uno de los príncipes cristianos, cualquiera que fuere su dignidad, tanto eclesiástica como secular, emperadores, reyes y demás con cualquiera nombre que llevaren, y á cualquier Estado ó República á que pertenecieren, la tolerancia en su territorio, provincia, pueblo, etc., de los espectáculos de este género en que hubiere corridas de toros.

Prohibimos también á los militares y á toda clase de personas la lucha con los toros, lo mismo si fuere lucha á pie ó á caballo.»

Es de alabar el talento de Pío V en lo que se refiere á prohibir estos actos llamados de barbarie, y á los que asistían—porque son sus admiradores más fervorosos—los llamados ministros del señor... indudablemente porque ignoran—como yo lo ignoraba—que estaban prohibidos por burla, ó por bula especial.

Pío V excomulgaba á los que presenciaban la lucha del hombre con la fiera, y en especial con el toro, por aquello, sin duda, de que dicho animal le sirve de escapulario ó salvaguardia á San Marcos.

En cambio, no se le ocurrió—¡qué cosa más rara!—excomulgar la lucha del hombre con el hombre, esto es, la lucha de cristianos y moros, ó de moros y cristianos, ó de cristianos solamente.

En defensa de la religión de Cristo—que ellos dicen—bien se pueden celebrar espectáculos bárbaros, como eran, y son, las guerras entre hombres, sin caer en el pecado de excomunicación...
¿Razón?...
Es muy clara.

De la lucha del hombre con la fiera, el Papa no saca siquiera un solomillo, y menos una peseta.

De la lucha entre cristianos y moros, ó entre cristianos nada más, saca siempre un buen capitalito.

Aunque no sea más que por la tarifa de sufragios en beneficio de las almas, ¡ya es un buen pellicazo!

De todo este laberinto se saca muy claramente la reflexión consiguiente:
—¡No era tonto Pío quinto!...

De un periódico cortesano—cortesano por ser de la Corte, ¡ojol!—entresaco lo siguiente, que denota á las claras la sana moralidad de nuestros primates políticos, y la prueba fehaciente de que vamos, á paso de carga, por el camino real de la tan ansiada regeneración político-moral-económico taurina:

«Las condiciones que exige el marqués de la Vega de Armijo para continuar en la presidencia del Congreso, son las siguientes:

Que se nombre al marqués de Ayerbe embajador extraordinario en Méjico; al Sr. Zorita, fiscal del Supremo, y al Sr. Rosales que se le dé el acta de Estrada al verificarse elecciones parciales.»

Y no pide á nuestro arzobispo D. Marcelo, porque sabe de sobra que nosotros no se lo daríamos ni á tres tirones.

O le dan todo eso que pide ó... no preside las Cortes.

Efectivamente: no se lo han dado. Ayerbe se queda en casa; Zorita en donde se halle; Estrada sin acta, y él sin presidencia.

¿Y qué va á ser de España si no preside el Congreso el Sr. Marqués de la Vega de Armijo?

Afortunadamente, todavía nos vive Romero Robledo, ese remiendo para todos los partidos, y él se encargará de sacarnos de este apuro en que nos ha colocado el señor Marqués.

En Palacio ha estado Frégoli haciendo allí mogigangas...

Divirtiéndose alegremente nuestra corte soberana. Con Frégoli y Mazzantini, las dos visitas de casa, y los consejos cristianos del estúpido Montaña, la nación—no cabe duda—de la ruina se salva.

En Sevilla estamos con el agua á media miel.

Afortunadamente la empresa ha tenido el buen acuerdo de dar al grifo, esto es, de cedernos agua por la mañana, á la hora de levantarnos y de lavarnos la cara los que todavía conservamos esa costumbre por tradición; pero, como por más que le dice uno á la familia:—Bebed, bebed para todo el día, que el agua escasea—ésta no lo hace, de ahí el conflicto en que nos hallamos á diario.

De ahí vienen las consideraciones anexas á este estado irregular, y de ahí esta reflexión de un colega:

«¿Cómo pagará la Empresa, si por efecto de esa escasez de agua no hay medio de tratar á un

enfermo con la oportunidad debida, y éste muere? Conste que al decir esto no hablamos por hablar, ya se han dado casos en casas de socorro, y en el hospital Central, de no poder hacer bien las curas por falta de agua.»

¡Algún enfermo quizá que necesitaba una arriada para que se le cortaran las calenturas!.. De ese peligro estoy yo libre.

La Casa de Socorros de mi distrito está enclavada á orillas del claro Bétis, y allí no hay cuidado de que falte el agua.

Su Director, D. Ricardo Monsalves, hombre previsor si los hay, tiene preparada una manga para enchufarla con el río y con el curda que vaya á darle la jaqueca, y tiene agua para anegar al Espíritu Santo.

Y véase por dónde es conveniente colocar las Casas de Socorros á orillas de los grandes ríos.

Consecuencia filosófica que yo he sacado gracias á la informalidad de la Empresa de aguas, que ya no es de agua, sino de viento, porque le da uno al grifo, y enseguida hace éste:—¡Fúúú!

Nada hay como los amigos oficiosos para poner á un hombre á dos dedos de la mayor ridiculez.

Cuatro días ha estado en Madrid nuestro alcalde Sr. Palomino, y durante ellos no han cesado los corresponsales de decirnos:

«Arreglad los todos los asuntos que traía á Madrid el alcalde de Sevilla.—Sevilla está de enhorabuena.—Repíquese, jubiléese, procesionéese, banquetéese.»

—¡Buenos entripados estará pasando el señor Palomino—decláme yo—si es verdad que ha tomado por lo serio eso del proyecto contra las riadas y demás pandorgas sin solución!...

Efectivamente. El Sr. Palomino ha llegado á Sevilla, y comenzando á quitar hierro de lo dicho por los amigos y corresponsales, sabemos:

Que el expediente ó estudio para la defensa contra las arriadas del Guadalquivir... no se sabe dónde está, aunque se sabe quién lo cobra.

Que el monumento á Colón está concedido á Valladolid.

Y que la Regente recibió al Sr. Palomino con mucho agrado, diciéndole:

—Hola, Palomino, ¿cómo estás? ¿La Giralda sigue en el mismo sitio? ¿Pepiúlla sigue siendo concejal? ¿Se ha aglegado la cuestión de los Tganvías? ¿Se lee mucho El Noticiego? ¿Y El Libegal? Me he entegado que Mugga tiene muchas simpatías...

Y de que ha sido afectuosísima la entrevista, lo dice el colega ministerial en estos términos:

«De su visita á S. M. la Reina conserva el señor Palomino gratísimo recuerdo, muy especialmente, por el vivo deseo significado por su Maejstad de visitar á Sevilla en el próximo otoño, en compañía de sus augustos hijos, proyecto cuya realización se conceptúa muy probable.»

Esto... Según el diario ministerial. Pero... según el Alcalde, por boca ó pluma de El Liberal, resulta que...

«La impresión obtenida por el alcalde en esta visita es la de que, aun cuando la reina tiene el propósito de que visite el rey las principales capitales andaluzas, no vendrán á Sevilla el próximo mes de Octubre, como se decía, por impedirlo razones de Estado.»

A la Habana me voy, te lo vengo á decir: Palomino me ha dicho que no pueden venir...

CARRASQUILLA.

ATRACCION

En aquella ciudad que casi siempre se hallaba envuelta en nieblas, y en una casa de las más sombrías de la población, Luisa se moría de tristeza.

Ella deseaba visitar otras poblaciones donde su espíritu pudiera gozar viendo á la Naturaleza alumbrada por los rayos del sol, de aquel mismo sol que en su patria aparecía rodeado de nubes; pero estos deseos eran dificultísimos de realizar. Su padre no abandonaba aquella capital en donde ejercía la industria mercantil.

Profesando sus padres ideas rancias, no habían consentido que Luisa recibiera una educación esmerada, por creer, erróneamente, que los conocimientos que se adquieren contribuyen á la demostración.

Pasaba el día dedicada á las labores, y en sus ratos de vagar tocaba un acordeón que le habían comprado cediendo á sus lágrimas y ruegos.

Cuando la joven cumplió veintidós años,

pensaron sus padres en casarla, procurando inclinar su voluntad en favor de un capitalista.

Al indicar á Luisa sus proyectos, vieron con sorpresa que por primera vez se les rebelaba.

Y esa sorpresa rayó en estupefacción cuando de labios de Luisa escucharon que amaba á un hombre.

Luisa no conocía aún al inspirador de ese amor. Se había enamorado de una voz que en el silencio de la noche se escuchaba potente, cantando canciones que ella jamás había oído, canciones hijas sin duda del ingenio del cantante.

Aquel hombre tocaba el violín, y Luisa se sentía transportada á un mundo desconocido, cuando aquellas sentidas composiciones y aquellas melodías hiriendo sus oídos, llegaban á su espíritu y le disponían para entregarse al goce de la más sublime de las sensaciones.

Temiendo el cautiverio eterno de un matrimonio impuesto por la avaricia, Luisa pretendió acercarse al hombre á quien amaba.

Pero cuando conoció al sér que de tal modo la había impresionado con la ejecución del arte poético-musical, sintió acentuarse la tristeza que de continuo la abata.

¡Aquel hombre era ciego!

Mucha compasión le inspiró el estado del músico, pero su pasión hacia él no sufrió desecamiento.

A pretexto que deseaba aprender de él el arte musical, consiguió de sus padres que le permitieran entrar en su casa.

Al lado del joven profesor, aquella casa tan triste y aquella ciudad siempre envuelta en nieblas, le parecían á Luisa bellísimos jardines en los que sólo se respirasen perfumes de violeta.

Los jóvenes intimaron pronto. Sus caracteres, su afición á la música y á la poesía, su delicado modo de sentir, les atraían tanto el uno al otro como el imán atrae una partícula de acero.

Los padres de Luisa pretendieron hacerla desistir de sus propósitos de casamiento con el músico, procurando sacar el mayor partido posible de la imperfección física del profesor, y tratando de hacerla comprender lo desgraciada que sería casándose con un hombre que se hallaba privado del más hermoso de los sentidos.

—¿Desgraciada por eso?—exclamó Luisa.—
¿Qué importa que la luz del sol no haya herido jamás sus pupilas, si su espíritu se halla iluminado por la luz del genio? Para amarnos no necesitamos de los ojos. ¡Nuestras almas se han visto!

MIGUEL SANCHEZ DE LAS MATAS.

De actualidad

La comisión del Mensaje en el Congreso la forman Capdepon, Celleruelo, González Armiján, Suárez de Figueroa, Francos y López Muñoz, presidiéndola el primero.

No se ha designado la comisión de presupuestos.

Prado pedirá hoy en la sesión del Congreso que se remita á la Cámara el expediente de expropiación de los terrenos del tercer depósito del Lozoya.

Hoy se reunirán varios diputados para acordar si procede que con cargo al presupuesto de la Cámara se paguen los billetes de ferrocarril á los diputados que residen fuera de Madrid.

El lunes comenzará á discutirse el Mensaje en ambas Cámaras.

Las sesiones de la actual semana se destinarán á la discusión de las actas graves.

El secretario de la legación de Turquía en Madrid, que marchó á San Sebastián, le robaron 80,000 pesetas en dinero y alhajas.

Sospéchase de un francés que se hospedaba en el mismo hotel y ha desaparecido.

Ojeda, atendiendo á ruegos del Gobierno, ha desistido de tratar en las Cortes la cuestión de Gibraltar.

De Málaga dicen que en la estación de Alora un tren chocó con la máquina de mercancías que maniobraba.

El jefe del tren sufrió contusiones, y resultaron destrozadas las máquinas, dos vagones y el furgón.

Weyler ha ofrecido á Azcarraga la presidencia de la Consultiva de Guerra, y se firmará el decreto después de suspendidas las sesiones de las Cortes.

La Comisión del mensaje del Senado se ha constituido, nombrando presidente á Gullón y secretario á Mellado.

El sábado dictaminará.

Presididos por Blasco Ibáñez reuniéronse los diputados que gestionan el pase en los ferrocarriles, y acordaron que una comisión redacte la petición.

Los diputados catalanes visitaron á Weyler para exponerle sus pretensiones de descentralización.

Oyóles con benevolencia.

Armijo y Moret ofrecieron ayudarles.

El Congreso eligió las comisiones de corrección de estilo y varias para entender en suplicatorios de procesamientos.

Dicen de Barcelona que está agónico Mañé y Flaquer.

Ha terminado el Jubileo sin incidentes.

Continúa aumentando la mortalidad del ganado.

En Dinamarca, á la entrada de Linjord, explotó una goleta danesa cargada de nafts: incendióse: ahogados el capitán y un marinero: arrojáronse y fueron recogidos dos marineros con quemaduras: la goleta fué pasto de las llamas.

En diferentes puntos de los Estados Unidos ha habido nuevos casos de insolación.

Muchas personas duermen en las calles huyendo del calor.

Las más altas temperaturas obsérvanse en Filadelfia y Baltimore.

En Filadelfia hay 43 grados centígrados á la sombra.

Veintico muertos: centenares de enfermos.

En Pittsburg 45 fallecidos.

En Nueva York el depósito de cadáveres está lleno, y los hospitales atestados.

Dicen de París que en la reunión habida en la Bolsa del Trabajo la policía hizo retirar las banderas rojas que ostentaban, produciéndose desórdenes.

En Londres Salisbury y el ministro de Negocios recibieron á la embajada marroquí en audiencia de despedida.

De Nueva York participan que hay más de cien nuevas víctimas.

Millares de familias abandonan la ciudad, y los negocios están paralizados.

En la cámara belga ha habido borrascosísima sesión.

Un socialista llamó embustero á un ministro, porque éste censuró las baladronadas y motines socialistas como ineficaces.

Un redactor de *El Liberal* visitó al marqués de la Vega de Armijo, manifestándole éste que ha dirigido una comunicación al Congreso presentando su dimisión con carácter de irrevocable.

El marqués se encontraba en la cama con un fuerte ataque bilioso.

En los jardines del Buen Retiro se encontraban muchos diputados de distintas fracciones comentando la renuncia de Vega Armijo.

Algunos iniciaron la idea de votar para la presidencia del Congreso á Romero Robledo, y como éste se encontraba también en los jardines, se le acercaron diciéndole sus propósitos.

Romero Robledo les contestó que aceptaba y que no tenía inconveniente en presentar su candidatura.

La escuadra francesa del Mediterráneo llegará el domingo á Barcelona.

En breve marchará á Mahón el *Carlos V* y aguardará allí orden de limpiar fondos en el dique de Subia.

En breve llegará el *Pelayo*.

Los catalanistas de Mataró han redactado un Mensaje de felicitación á los diputados regionalistas.

Ante un grupo dijo hoy Vega Armijo: «Ni un día más puedo permanecer en esta casa con esta mayoría.»

Agregaba un término depresivo.

En los pasillos es comentadísimo.

A las nueve de la noche acudieron casi todos los ministros al despacho de la presidencia para conferenciar con Sagasta respecto á la nueva renuncia del marqués de la Vega de Armijo.

Sagasta manifestó á sus compañeros de gabinete que no había recibido notificación oficial alguna, y que lamentaba mucho que los diputados ministeriales hubieren derrotado en las secciones á los candidatos del presidente del Congreso.

Los ministros dijeron á Sagasta que la mayoría estaba excitadísima contra Vega Armijo, por el duro calificativo que éste había empleado contra ella.

El presidente del Consejo y los demás ministros convinieron en que el asunto tenía difícil arreglo, por la excitación de la mayoría.

La reunión terminó bajo la impresión de que se le admitiría la renuncia á Vega Armijo.

Importantes ministeriales aseguran que la presidencia del Congreso la ocupará el señor Puigcerver.

En Jaen terminó la vista del célebre proceso por el crimen de Baeza, resultando cinco procesados condenados á muerte.

En Sueda (Zaragoza) ha habido un motín, por oponerse el pueblo á que el Alcalde posesionara á un maestro de escuela interino.

Reconcentróse la benemérita.

En Londres ha habido importante discusión en la Cámara de Comercio sobre la Marina de guerra.

Dilke dijo que se conceden al ejército enormes cantidades y debían destinarse á las escuadras.

Yerburg comparó las fuerzas de otras naciones.

El subsecretario del Almirantazgo dijo que es imposible reforzar una escuadra sin debilitar otra.

Los acorazados del Mediterráneo se reemplazarán por otros nuevos.

Se aumentarán los cruceros y contratorpederos y se hará que puedan maniobrar juntos las escuadras del Canal de la Mancha y Mediterráneo.

La prensa comenta esta discusión.

Ha llegado á Alicante la escuadra francesa, compuesta de 20 buques.

Procede de Tanger, y simuló el refugiarse en Torreveja, atacada por acorazados enemigos.

A París ha llegado el sobrino del general Dewet, expulsado de Bélgica.

Asistirá al mítin y manifestación del 14 del corriente, á favor de los boers.

Botha vióse obligado por la falta de víveres á abandonar la Carolina, retirándose á Middelburg.

Los reyes de Italia llegarán á San Petersburgo el 4 de Octubre, después de visitar á Berlín.

El emperador Guillermo y el czar y la czarina les devolverán la visita el invierno.

Amor estético

Todos los días, al anochecer, la encontraba á mi paso cuando salía de mi clase de clínica.

Vestida siempre de negro, alta y esbelta, el movimiento de los trajes, como diría un pintor, tenía sobre su cuerpo algo de pliegues de estatua, con su misma sobriedad, su misma elegancia, con ese puro clasicismo que no excluye la indumentaria moderna, en que la mujer emplea tanta tela como exigirla el *peplum* y la toga, ó la túnica romana.

Negros eran su cabello y sus ojos, en cuyas pupilas brillaba, al mirar, una chispa, como el punto de máxima luz de una cuenta de azabache.

Pálida, con la palidez del satén rosa, delineábase su nariz, recta, entre dos cejas, dignas, por la finura, del pincel chino, sobre una boca incomparablemente bella, en la que palpitaba la lascivia de la bacante, extrañamente mezclada con el adorable candor de la virgen.

Su cabeza, artísticamente peinada, con el desaliño de la belleza que no necesita afeites ni artificios, levantábase con aires de realeza sobre sus hombros anchos y redondos, de donde partía la graciosa curva de un seno con turgencias de virgen, que se enlazaba á las redondeces esculturales de sus caderas, que tenían, al andar, ondulaciones de bayadera ó de almea tunecina.

Tal era aquella mujer, cuyo nombre no supe nunca.

¿Y quién era aquella mujer?

Un bloque de mármol de Paros, tallado por Praxiteles, y encontrado en medio del arroyo, manchado por el cieno del vicio.

Una hetaria.

Y yo la amaba apasionadamente, con todas las fuerzas de mi espíritu juvenil, soñador y artista.

Y ella no lo sabía, ni yo se lo dije nunca, porque... porque tenía vergüenza de mi mismo amor, y tanto y tanto en él me recreaba, que temía verle evaporarse al impuro contacto con la realidad de los sentidos.

Allí estaba ella, encarnación del amor fácil, la hembra de todos, sin los encantos del fruto prohibido; manzana pendiente sobre la cabeza del viajero, y se podía obtenerla con sólo alargar las manos á las ramas de aquel árbol, trasplantado á la vía pública no sé por qué fatalidades del destino.

Mía podía ser cuando quisiera, con sólo decir «vamos».

Pero, no, no sería *mía* la mujer de todo el mundo, como no es *nuestra* el prado comunal sobre cuyo césped nos solazamos, ni el camino que recorremos, ni el templo en que oramos.

Y mi amor, como el verdadero amor, era exclusivista, con celos del pasado, celos del presente y terrores celosos del porvenir.

Una mirada suya provocativa, una palabra de dulce invitación solamente, hubiera derribado aquel mágico castillo de ilusiones que yo llevaba en mi mente.

Vefala adelantarse hacia mi encuentro como la sombra de Beatriz del Dante, con su paso majestuoso que no hacía ruido, como si marchase sobre nubes, su mirada límpida, que parecía caer de un lienzo de Ticiano, sus ondulaciones de visión etérea, movida por las brisas intensísimas de la eternidad.

Y yo me paraba al verla venir, y la seguía con la vista, á la pálida luz de los reverberos de gas, hasta que se difumaba en las sombras, disolviéndose en la lobreguez del lejano ambiente.

Y esto se repetía hacia ya dos meses.

¿Y ella?

Ella pasaba mirándome como á todo el mundo, al principio, con su mirada plácida y brillante, de donde parecía escapábase efluvios eléctricos que me hacían extremecer, como al contacto de un electroimán.

Después empezó á fijarse en aquel muchacho barbilampiño y delgaducho, que todas las noches se paraba para verla pasar y quedaba clavado como un poste, sin acercársele.

Y ni una sonrisa incitadora, ni una mirada que provocase una aproximación.

La estatua me miraba profundamente, con sus ojos de esfinge egipcia, y pasaba adelante sin volver ni una sola vez la cabeza.

De seguro no era de su agrado.

Y transcurrió un mes más, y siempre la misma escena.

Mi amor aumentaba de día en día.

Jamás se me ocurrió saber ni de dónde venía ni dónde iba: bastábame verla una vez, sentir sobre mí los objetos de su mirada, después de lo cual seguía mi camino como envuelto en una atmósfera de luz y de perfumes, en medio de la cual flotaba su cuerpo de diosa, desnudo y transparente como formado de éter y gasas.

Cuando á las altas horas de la noche estudiaba las operaciones de disección del cuerpo humano, era el suyo el que aparecía sobre aquellas páginas de repugnantes descripciones anatómicas.

Y poseído de una rabia febril y rencorosa, complacíame en figurarme que destrozaba aquel cuerpo material, que se exhibía en el anfiteatro del mundo á las miradas de todo el que la arrojaba una moneda sobre la falda, y lo reconstituía para mí, para mí solo, como una nueva creación, limpia de impurezas, depositada en el crisol de la muerte.

¡Oh, sí! Si yo hubiera podido matarla y resucitarla...

Una noche dejé de verla.

Sería casualidad.

Pero tampoco la ví á la otra noche, ni á la otra, ni ninguna.

¿Qué habría sido de ella?

Entonces sentí no saber dónde vivía para averiguarlo; pero, no, aquello hubiera sido aproximarse á la realidad, y jamás lo intenté.

Caf en una tristeza horrible, que se tradujo en un completo abandono de los libros.

En la clase lo notaron el profesor y mis compañeros.

Ninguno sospechaba la causa, porque aquel amor indigno era mi secreto, y el secreto uno de sus mayores encantos.

Cuando era llamado al hemicycleo del anfiteatro para dar mi lección y trabajar sobre algún cuerpo, no atinaba con el texto, y mi mano vacilaba armada del bisturí ó el escoplo.

Un mes después de la desaparición de aquella mujer, estábamos en clase.

El profesor explicaba no sé qué síntomas y efectos de la tuberculosis producida por la anemia.

En la mesa de disección había un cadáver cubierto por un lienzo.

Yo soñaba con mi ideal desaparecido.

El profesor dijo de pronto: —Señor X...

Desperté como al choque de un chispazo eléctrico.

—¡Presentel—exclamé.

—Salga usted á practicar.

Yo salí de mi asiento.

—Ahora, veamos—dijo el profesor—la comprobación de estas teorías. Sr. X., haga usted la incisión en el pecho del cadáver.

Y el profesor arrancó el paño que cubría el cuerpo inerte.

Era el de una mujer.

Yo le miré sintiendo erizarse mis cabellos sobre mi frente; aquel rostro, aquel torso admirable, aquellos senos fríos, aquellas caderas de puras curvas, aquel cabello suelto y negro como el abismo, aquella pálida boca contraída por la muerte, eran de ella... de ella... de la hetaria muerta en la soledad de un hospital y llevada á una mesa de disección.

Caf sin sentido.

EMILIO DE LA CERDA GARIOT.